PELAYO FERNÁNDEZ GARCÍA

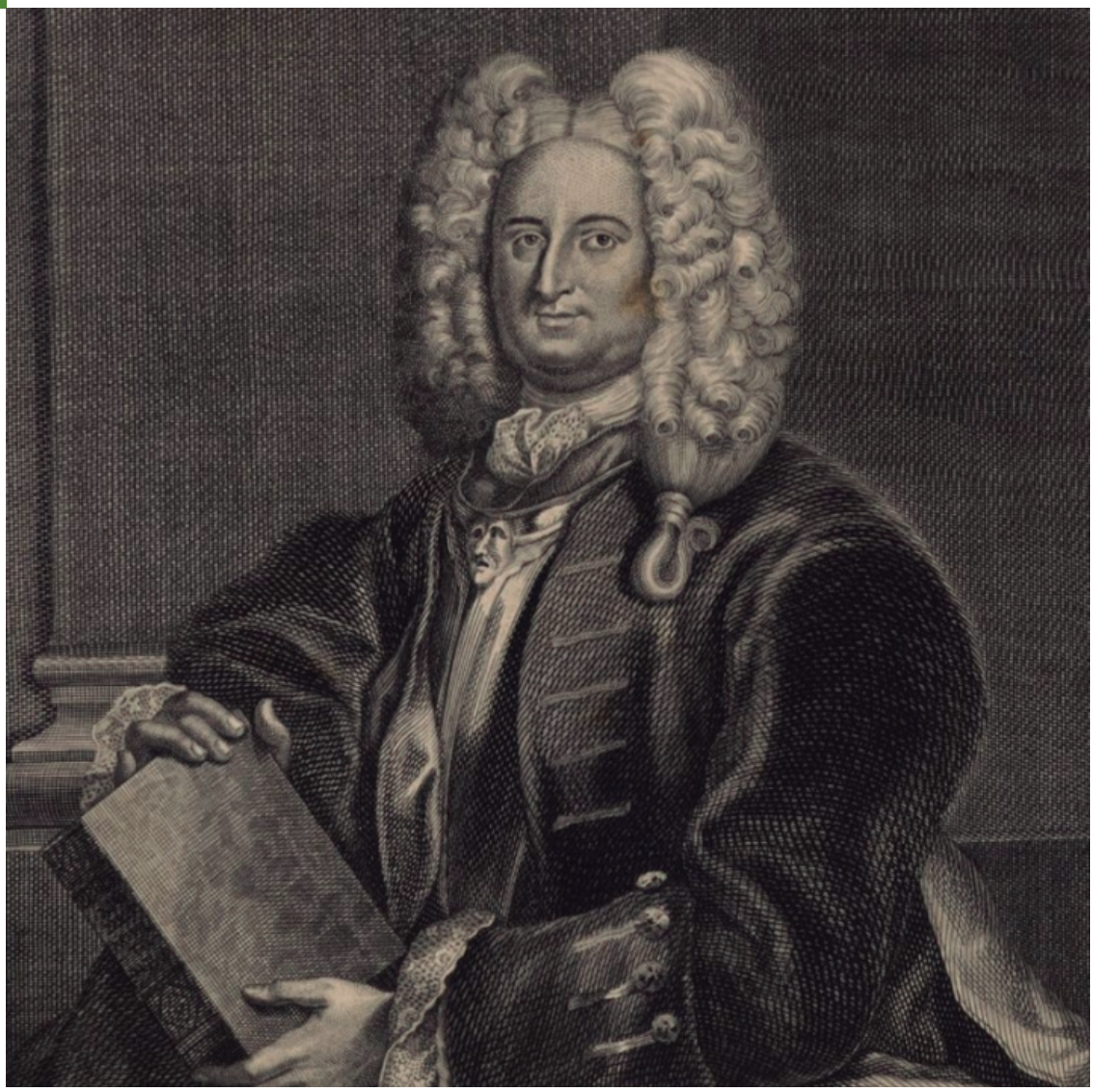
El marqués de Santa Cruz de Marcenado (1684-1732)

Cultura, milicia y redes sociales

Premio IFESXVIII 2024

TREA

PIEDRAS ANGULARES



EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO
(1684-1732)

EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ DE MARCENADO (1684-1732)

Cultura, milicia y redes sociales

Pelayo Fernández García

Premio IFESXVIII 2024

Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII
Ediciones Trea
2024

Este volumen ha sido merecedor del Premio de Investigación Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII 2024, convocado por el Instituto Feijoo de la Universidad de Oviedo con la intención de apoyar la difusión de investigaciones que supongan una contribución relevante para el conocimiento de la España «de ambos hemisferios» en el siglo XVIII. El jurado, presidido por Inmaculada Urzainqui (Universidad de Oviedo) y compuesto por Armando Alberola Romá (Universidad de Alicante), Francisco Carantoña Álvarez (Universidad de León), Fernando Durán López (presidente de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII / Universidad de Cádiz) y Gabriel Sánchez Espinosa (Queen's University Belfast), acordó por unanimidad conceder el premio a esta obra reunido en Oviedo el 7 de marzo de 2024.

Entidad financiadora: Fundación Municipal de Cultura del Ayuntamiento de Oviedo

OVIEDO.es
FUNDACIÓN MUNICIPAL
DE CULTURA

Primera edición: octubre de 2024

© Pelayo Fernández García, 2024

© Motivo de cubierta: Bartolomé Vázquez y Manuel de la Cruz Vázquez,
dibujo y grabado de D. Álvaro Navia Osorio (Calcografía Nacional).

© de esta edición: Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII
Universidad de Oviedo
Campus del Milán
33011 Oviedo (Asturias)
Tel. 985104671
admifes@uniovi.es/www.ifesxviii.uniovi.es

ISBN: 978-84-89521-98-8

© de esta edición: Ediciones Trea, S. L.
Polígono de Somonte / María González la Pondala, 98, nave D
33393 Somonte-Cenero. Gijón (Asturias)
Tel.: 985 303 801 / Fax: 985 303 712
trea@trea.es / www.trea.es

Dirección editorial: Álvaro Díaz Huici
Producción: Patricia Laxague Jordán
Corrección: Almudena Zapatero
Maquetación: Almudena Zapatero

ISBN: 978-84-10263-38-3

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de los titulares del ©. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

Dedicado a mi abuelo,
el primer doctor de la familia

Índice

Agradecimientos 11

Introducción 13

1. **Biografía** 29
   Orígenes, nacimiento y educación 29
   La guerra de Sucesión española 32
   El fin de la guerra 36
   Rumbo a Italia 38
   El Congreso de Soissons y las negociaciones en Francia 42
   El norte de África 43
   La caída de Marcenado: la defensa de Orán 44

2. **Los mundos de Marcenado** 49
   La correspondencia del marqués 49
   Trayectoria del linaje de los marqueses de Santa Cruz de Marcenado 54
   La política matrimonial de los marqueses de Santa Cruz de Marcenado . . . 56
   Don Álvaro y la milicia borbónica 57
   El trasfondo asturiano: Marcenado y el Principado 59
   De la milicia a la diplomacia: Marcenado en Italia 64
   El Congreso de Soissons y el Tratado de Sevilla 78
   La defensa de África 114
   Reconstruir las redes del marqués 116

3. **La obra magna: las *Reflexiones militares*** 135
   La escritura y edición 135
   La estructura 141
   El público y el contenido de las *Reflexiones* 145
   Las dedicatorias 151

Las fuentes de las *Reflexiones* 158
Las ideas militares 176

4. La *Rapsodia político-económico-monárquica:* el marqués como economista 201
Redacción, publicación y autoría de la *Rapsodia* 203
Recepción de la *Rapsodia* 209
Las ideas económicas de Marcenado 211
La *Rapsodia* frente a otros tratados económicos 218
La *Rapsodia* de Marcenado, ¿adelantada a su tiempo? 233

5. El *Diccionario universal,* el sueño enciclopédico de Marcenado 235
Precedentes del enciclopedismo de Marcenado 237
Marcenado, ¿un novator? 238
El *Diccionario universal* en su contexto cronológico 244
Un proyecto en constante evolución 247
El enciclopedismo posterior a Marcenado 262

6. Conclusiones 269
La biografía 270
Las redes sociales 271
La obra 272
El horizonte 276

Bibliografía 279

Fuentes primarias e índice de siglas 295

Índice onomástico y toponímico 297

5

El *Diccionario universal,* el sueño enciclopédico de Marcenado

El enfoque transversal de la mayor obra del III marqués de Santa Cruz de Marcenado, las *Reflexiones militares,* ya debería ser indicación suficiente como para atisbar que los pensamientos del autor no se limitaban únicamente al tema bélico, sino que sus inquietudes culturales iban mucho más allá, alejándose incluso no solo de la profesión militar que había escogido, sino también de la diplomática que los avatares del destino le habían ofrecido. A pesar de que el prosaísmo de las páginas de las *Reflexiones* ya sirve para acercar a lector y autor a lo largo de su obra, quizás sea el proyecto del *Diccionario universal* y sus iteraciones lo que nos transmita una mayor sensación de proximidad. Es tal vez el proyecto más personal de Marcenado y que él mismo nos haga partícipes de las fatigas por su desarrollo debido a sus muchas responsabilidades y sus escritos previos no hace sino humanizarlo:

> Estando ya vecino a la prensa el décimo volumen de mis *Reflexiones*, quise aplicar la pluma a los *Cómputos de guerra y Nueva Planta de Tropas* que prometió aquella obra, pero fatigado por 19 años el discurso en asperezas de la milicia, en espinas de la política y en rigores de la moral, pidió tregua para algún tiempo de recreo en la selva deliciosa de un *Diccionario* (Navia Osorio, VIII-b: 3-4).

Se trata de un diccionario probablemente inspirado nominal y conceptualmente por el desarrollo del *Dictionnaire universel francois et latin,* de Trévoux, de amplia influencia en la época y muy especialmente en la Europa católica debido a su autoría jesuita. La aspiración universalista del proyecto de Marcenado suponía aunar todas las posibles temáticas del conocimiento en un mismo conjunto, algo que nos remite directamente al concepto moderno de enciclopedia o diccionario enciclopédico y que superaba la concepción habitual de diccionario contemporánea del marqués. Por ejemplo, el de la Real Academia Española de 1732 definía la palabra *diccionario* del siguiente modo:

> El libro que en forma de catálogo contiene por orden alfabético todas las direcciones de una o más lenguas, o las pertenecientes a alguna facultad o materia determinada,

> explicada regularmente en el mismo idioma: como el diccionario de Trévoux, que lo es de la lengua francesa, el de Moreri, que es histórico y el de Thomás Cornelio geográfico (Real Academia Española, 1732: 267).

En cuanto al término *enciclopedia,* también en el primer diccionario de la Real Academia, únicamente lo encontramos definido como sigue: «Ciencia universal. Voz puramente griega». En 1791 la acepción variará hasta incluir: «Unión de todas las ciencias, o ciencia universal», pero no será hasta finales del siglo siguiente, en 1869, cuando a esta se le añada la definición más cercana a la que hoy entendemos: «Obra en que se trata de muchas ciencias. Conjunto de tratados pertenecientes a diversas ciencias o artes» (Real Academia Española, 1732: 454, 1791: 307, 1869: 365).

La palabra *enciclopedia* no es de origen clásico ni medieval, aunque sus raíces puedan rastrearse hasta ambas épocas. El término renacentista fue acuñado probablemente en una edición de Quintiliano en 1470, aunque su forma latina ya parecía haber circulado entre los humanistas de finales del siglo XV y fue adaptada a las lenguas vernáculas a principios del XVI. El término parece haber sido acuñado a partir de dos raíces griegas, *enkykli* y *paideia* («en el círculo» y «educación», respectivamente), las cuales se han encontrado juntas ocasionalmente en escritos clásicos: Plinio el Viejo la menciona en su *Historia natural* (del año 78 d. C.) y otros autores se refieren a ella como un programa preliminar de estudios desde el que partir a otros más especializados. Los griegos no entendían el concepto de enciclopedia (ἐγκύκλιος παιδεία, *enkýklios paideía,* en suma «educación general ») como una obra, sino como «el encadenamiento de todas las nociones que habían de entrar en la educación de un hombre libre, es decir, del que nada debe ignorar lo que le concierne» (Franklin-Brown, 2012: 8; Fonseca Rodríguez, 1985: 97).

A comienzos del Renacimiento, la palabra *enciclopedia* designaba algo similar, un programa educativo, algo que conectaba a todas las disciplinas del saber, o bien un conocimiento que englobaba a todas ellas. La idea de enciclopedia como libro o serie de libros no surgiría hasta mucho más adelante, aunque se aplicaría retrospectivamente a realidades como los *florilegia* medievales. Lo es cierto es que los escritores clásicos y medievales sí que producían obras que nosotros podríamos considerar enciclopédicas, inspirándose en tres objetivos: comprender su conjunto, organizar y propagar el conocimiento. Ni siquiera los *florilegia* (de acuñación más reciente como término) llegan a aunar en sí mismos esta aspiración que hoy llamaríamos enciclopedista, puesto que algunos de ellos no cumplían adecuadamente con tales objetivos. La idea de su uso, además, también ha cambiado: en esta época aún se consideraban obras útiles para leerse de cabo a rabo y no únicamente como obras de consulta puntual (Franklin-Brown, 2012: 8-9; Collison, 1966: 21).

La primera utilización moderna de la palabra *enciclopedia* en realidad tuvo lugar de la mano del embajador inglés *Sir* Thomas Elyot en 1538, cuando en torno a la corte de Carlos I de España la presentó dentro de su diccionario latino como «enseñanza de todos los estudios y ciencias liberales». A pesar de que no sería hasta 1630 cuando Johann Heinrich Alsted publicase una enciclopedia con tal nombre, el primer proyecto enciclopédico hispánico fueron las *Etimologías* de san Isidoro de Sevilla, escritas y publicadas durante el primer tercio del siglo VII d. C. y a las que Fonseca Rodríguez considera como principal precedente del *Diccionario universal* de Marcenado. En todo caso y en lo que se refiere a España, el término *enciclopedia* aún tardaría en calar: no aparecía reseñado en el *Tesoro* de Sebastián de Covarrubias de 1611 ni tampoco, como ya hemos visto, en la primera versión del *Diccionario de la lengua castellana* de la Real Academia Española. La palabra comenzaría a utilizarse después de la difusión en España de la *Enciclopedia francesa* (posteriormente la también francesa *Enciclopedia metódica*) y aún tardaría más de un siglo en usar el término como una realidad literaria específica (Fonseca Rodríguez, 1985: 97-99; Anes y Álvarez de Castrillón, 2009: 20).

Precedentes del enciclopedismo de Marcenado

Acabamos de ver que la idea de enciclopedia existió mucho antes de que esta misma existiera como obra, considerándola como una aspiración a una organización unificadora del saber a través de una clasificación específica. Los griegos ya la habían puesto en práctica en lo referente a la educación, separando las ramas del saber práctico con diferentes nomenclaturas (Cherchi, 1993: 72). Ya en nuestra era, puede observarse cómo durante los primeros catorce siglos de creación enciclopédica nos encontramos con prácticamente todas las características que hoy en día incluimos como propias del término *enciclopedia:* la dependencia de una autoridad publicada previamente, el intento de cubrir el saber como un todo, la inquietud por los sistemas de clasificación (incluyendo, en ocasiones, un sistema alfabético) y, por último, el trabajo colaborativo.

El camino hacia la Edad Moderna estuvo acompañado por debates (conocidos como los *studia humanitatis*) en torno a cómo estructurar y sintetizar el conocimiento, que obtendrían distintas respuestas en función de cada disciplina. Una vez alcanzado el periodo del Renacimiento, resurgió la idea de compilar una educación o conocimiento completo a través de la enciclopedia: el devenir histórico favoreció la creación de una unión, si no perfecta bien avenida, entre la filología humanística y las ciencias de aquella época, de tal forma que surgirían rudimentarias enciclopedias

a partir de una ordenación medieval y prerrenacentista, que al mismo tiempo asumían los nuevos conocimientos descubiertos o asimilados en esta época. Como consecuencia, de esta nueva actitud del hombre frente a nuevos conocimientos (que principalmente procedían de la interpretación de la naturaleza) surgiría el principal modelo enciclopédico que se iría desarrollando a lo largo de los siglos XVI y XVII (Rodríguez Cuadros, 1993: 38-41).

La influencia de *Sir* Francis Bacon (1561-1626) en el futuro de las enciclopedias fue fundamental. Su proyecto de *The great instauration* (que no llegó a realizarse por completo) incluía una aproximación revolucionaria al ámbito enciclopédico, pues proponía olvidar las antiguas controversias y sus disputas académicas contemporáneas a la hora de organizar el saber, en favor del estudio de temas prácticos universales. Aunque solo una pequeña parte de su estructura tomó forma como publicación, el grueso del material recopilado para su propia enciclopedia fue publicado póstumamente como el *Sylva sylvarum* (1626). Más aún, proyectó una sombra tan alargada que Diderot llegó incluso a reconocer sinceramente la deuda que tenía con el inglés en el propio prefacio de su *Encyclopédie*. Al mismo tiempo, la asunción de la taxonomía alfabética que, pese a su sencillez, no había sido apenas utilizada por el enciclopedismo se convertiría en un instrumento que uniría el saber al lector y no solo al polímata, lo que abría un nuevo mundo de creación, divulgación y asimilación del saber (Collison, 1966: 82; Cherchi, 1993: 93-94).

Así pues, combinados el orden alfabético y la renovación epistemológica de Bacon, Europa se encaminaba a una reflexión más profunda sobre la transmisión del saber y la pedagogía, fundamentalmente la utilización del orden alfabético para su recopilación, algo que desembocaría, entre otras cosas, en la fórmula que finalmente daría lugar a las enciclopedias modernas. Hay que destacar, en este sentido, que durante las décadas finales del siglo XVII aparecen en Francia tres grandes hitos en cuanto a diccionarios: el de Richelet de 1680, el de Furetière de 1690 (modificado y ampliado posteriormente para dar vida, como base principal, al *Dictionnaire* de los padres jesuitas de Trévoux) y el de la Academia francesa en 1694. Destacan también en Europa los diccionarios históricos, muy especialmente entre ellos el *Grand dictionnaire historique* de Moreri de 1674 (Collison, 1966: 88-89, 95, 98; Miller, 1981: 15-16).

Marcenado, ¿un novator?

En la actualidad se considera al novator (o innovador) como parte de un grupo doctrinal y cultural que precedió en España a la Ilustración y que en cierta manera le abrió camino tanto en lo científico como en lo humanístico durante los

siglos XVII y XVIII. Ya en los siglos anteriores nos encontramos menciones a estos novadores en las que no se les considera virtuosos, sino, muy al contrario, debían tenerse en cuenta por su peligrosidad y ruptura con lo normativo (Pinillas Díaz, 1998: 339-344).

No obstante, el término *novator* no sería utilizado de forma positiva hasta 1714 por parte del filósofo tomista-aristotélico Francisco Palanco, y no sería hasta 1962 cuando López Piñero lo empleara para englobar una categoría historiográfica específica, abrazada por investigadores posteriores que, en conjunto, si bien con matices, la situarían cronológicamente aproximadamente entre 1675 y 1725. Esto rompía no solo con el entramado cronológico de los postulados tradicionales de Paul Hazard, sino conceptualmente con sus afirmaciones categóricas sobre que en esas décadas España estaba culturalmente vacía y se había replegado sobre sí misma (Pérez Magallón, 2002: 13; Hazard, 1941: 57-58).

Así pues, en sus inicios historiográficos, el movimiento de los novatores era considerado poco más que una toma de conciencia del retraso nacional con respecto a la ciencia experimental y un deseo de sus integrantes de participar de las nuevas ideas difundidas en Europa. Sin embargo, nuevos estudios a lo largo de las décadas siguientes señalaron a los primeros novatores como individuos menos aislados de lo esperado. Parafraseando a Antonio Mestre, los novatores veían la vida a través de un juego de espejos dobles: el primero, en el que veían reflejado todas las decadencias de España; el segundo, en el que registraban su aspiración de verse reflejados a imagen de Europa (Mestre Sanchis, 1996b: 11-12; Pérez Magallón, 2006: 47).

Algunas características de estos novatores eran la aspiración de comunicar conocimientos e intereses y la constitución de grupos de sociabilidad en torno a sus ideas, ya fuese a distancia, mediante la correspondencia, o en persona, a través de tertulias, academias u otro tipo de agrupaciones. Las novedades del pensamiento preilustrado europeo llegaron a España de acuerdo con la realidad cultural e intelectual de su contexto; algo que ya se vio reflejado en la personalidad propia de estos novatores y sus peculiaridades a la hora de afrontar las nuevas tendencias de pensamiento europeo. Según López Piñero, esta renovación no fue uniforme en todos los ámbitos, pues dependía del desarrollo de las distintas disciplinas en la España de la época y la resistencia que la sociedad opuso a cada una. Según Antonio Mestre, aún sin ser realmente determinantes en el ámbito europeo, en donde se sumergieron más profundamente en conceptos como el derecho natural, el progreso y el racionalismo, las aportaciones de los novatores españoles a la historiografía fueron más relevantes y originales que los de aquellos dedicados a las ciencias naturales, que por las circunstancias del contexto histórico apenas podían mantenerse al mismo ritmo que las nuevas corrientes científicas que despertaban

en el resto del continente (López, 1996: 96, 99; Pérez Magallón, 2002: 34-35; Mestre Sanchis, 1998: 101-103).

De esta forma, el análisis crítico sobre los hechos históricos se contrapone a una vertiente apologética. Se buscaba desbancar la superstición de la burda mentira y al mismo tiempo realzar la antigua grandeza de España en todos los sentidos: político, militar y especialmente cultural. Se aspiraba a proteger el pasado y sus antiguas glorias para, al mismo tiempo, dar impulso a un nuevo brillo de lo hispánico; un movimiento que llevaría a la creación de las distintas academias científicas, algunas de ellas puestas bajo la protección regia y posteriormente ahondando su pensamiento para una renovación político-económica, sobre todo desde los últimos años del siglo XVII (Mestre Sanchis, 1996a: 12).

Hay que tener en cuenta que el supuesto aislacionismo hispánico con respecto a Europa era más mito que realidad en esta época. La guerra de Sucesión había supuesto un amplio deambular de tropas de todas las nacionalidades por el territorio español, y ello sin considerar la presencia diplomática española a lo largo de Europa, especialmente en Italia y los Países Bajos. España no podía considerarse ajena al devenir de la cultura europea, por muy interesante que esto fuera, mirando hacia el interior, para el clero hispánico. El aparato del Estado debía adaptarse a los cambios que tenían lugar en los distintos países europeos, y especialmente los embajadores estaban muy en contacto con la evolución cultural del momento; un buen ejemplo de esto sería el marqués de San Felipe (militar y escritor que también ejerció como embajador en Ginebra, Génova y La Haya), o nuestro marqués de Santa Cruz de Marcenado. En no pocas ocasiones los informes de las embajadas contenían resúmenes de libros aparecidos en Europa e incluso ejemplares de periódicos locales, que trasmitían sus ideas a la administración española como institución abstracta, pero también a los distintos individuos que la conformaban. La literatura erudita, además, estaba dirigida más a una comunidad internacional que a círculos nacionales reducidos, por lo que, tanto dentro como fuera de su país, los españoles mantenían correspondencia con diferentes instituciones o personas particulares que suponían un vehículo de transmisión de conocimientos e ideas (Sánchez-Blanco Parody, 1991: 25-27).

Podemos reconocer muchas de estas facetas en las ideas y obras del propio Marcenado, como se señalará más adelante, y muchas de sus características, fundamentalmente la dualidad entre la crítica y la apología de lo hispano, serán heredadas igualmente por sus sucesores ilustrados, quienes también tendrían muy en cuenta la reinterpretación de su historia dentro de las claves de la modernidad. Marcenado también se adelantó a sus compatriotas ilustrados con el contacto epistolar con el abate Muratori (1672-1750, tradicionalmente considerado como el padre de

la historiografía italiana moderna y también erudito de la literatura), que tras la muerte del marqués se convertiría en uno de los autores más influyentes dentro de los católicos ilustrados españoles (Mestre Sanchis, 1996b: 62, 1996c: 152-153).

Esta tendencia de revertir lo decadente y recuperar la gloria de antaño se sublimó en una tendencia historicista decidida a dar forma al pasado de España a través de una historia rigurosa y científica basada en la búsqueda de documentos y en la crítica de hechos históricos mal fundados. Nace aquí el rechazo a las tradiciones no fundamentadas, o que lo hacían en documentos que falseaban la realidad. Este argumento negativo se convierte en una herramienta básica del nuevo historiador. El proceso de transición hacia estas nuevas aspiraciones historicistas dentro de la disciplina partía de un intento de distinguir entre verdad y ficción fundamentalmente a través del patrimonio documental, negando, o al menos poniendo en duda, toda aquella afirmación que tuviese lugar sin ser validada por documentos coetáneos o inmediatamente posteriores a lo ocurrido (Mestre Sanchis, 1996c: 48-50, 2002: 421, 423).

Algo muy distinto sería la postura de los novatores con respecto a la crítica histórica aplicada a la narrativa religiosa, dada la estrecha interconexión entre Iglesia y Estado dentro de los territorios hispánicos durante toda su historia. Rey Castelao señala que los novatores tomaron una postura híbrida al respecto, sin atreverse a deducir las consecuencias últimas de la crítica histórica, que podrían haber desvirtuado mitos historicistas anclados firmemente en lo religioso y cuya existencia asentaba los principios de unidad de la monarquía, como pudiera ser todo el entramado jacobeo. Especialmente si venían avaladas por la jerarquía político-eclesiástica, las tradiciones religiosas, aún si no se consideraban necesariamente como certeza histórica, sí se mantenían en una diplomática excepción (Mestre Sanchis, 1996c: 50-52).

¿Cómo se posiciona nuestro marqués al respecto? Hay que tener en cuenta, claro está, que Marcenado no se consideraba a sí mismo un historiador, aunque en los distintos proyectos de su *Diccionario* mostrase un profundo interés por esta disciplina. Cabría añadir además que no se encontraba en contacto directo con las nuevas tendencias culturales de su patria y que obviamente podría haber defendido diferentes sucesos que en su momento se consideraban como hechos históricos y que hoy día consideraríamos más bien ficciones historiográficas. No obstante, es cierto que Marcenado elogia la Historia como conocimiento dentro de sus *Reflexiones* (Navia Osorio, I: 71) y en sus muchas referencias bibliográficas, además, menciona un amplio repertorio de libros de carácter histórico o al menos de aspiraciones historicistas, sin incluir prácticamente referencia alguna a situaciones legendarias. Si obviamos, claro está, sus numerosas y ejemplarizantes referencias

bíblicas tanto en lo moral como en lo militar, en su afán por ejemplificar el contenido que él mismo presentaba en sus textos, generalmente buscaba la verosimilitud y la verdad dentro de aquellas. En este sentido, podría coincidir con los novatores con los que algunos le asocian.

En general, a Marcenado se le ha venido considerando como miembro de aquellos, previos a la Ilustración en España; aunque no falta quien, como García Escudero, le calificase directamente como cristiano ilustrado. El propio Marcenado no deja de tener sus particularidades con respecto a los novatores. Quizás por su trayectoria vital, poco ortodoxa, lo cierto es que se encontraba bien inmerso dentro del pensamiento católico, aplicado tanto a sus ideas militares como a las del conocimiento en general. Con matices (él mismo señala la necesidad de separar mitos de leyendas, sin dejar de hacer referencias bíblicas), podemos comprobar que incluso en su proyecto enciclopédico se tiende a la asunción de conocimientos de índole religiosa como hechos consumados, como en el caso de remitir a la creación divina del mundo como inicio de la descripción de su proyecto de *Diccionario histórico-geográfico:*

> El geógrafo que ha de tratar históricamente la materia, se servirá de referir qué cosas fueron creadas en cada uno de los seis días, cuándo y por qué comenzó a considerarse el mundo dividido en cuatro partes, [y] de qué gente se pobló cada una de ellas […] (Alonso Baquer, 2004: 13; Navia Osorio, X-b: 3).

No obstante, la diferenciación entre el tiempo de los novatores y la Ilustración temprana (denominación esta que, tanto en lo cronológico como en lo conceptual, resulta igualmente debatible) es, como la mayoría de este tipo de fronteras conceptuales en el tiempo, más bien difusa. Generalmente se les considera grupos diferenciados en sus bases (los ilustrados miraban plenamente al progreso; los novatores combinaban su mirada sobre este y la tradición), pero aparecen siguiendo una línea continuista (Pérez Magallón, 2001: 107, 2002: 42-44).

Alguna aproximación al estudio de Marcenado encuadra al marqués no dentro de la dinámica cultural de los novatores, sino como hombre de ideas preilustradas, de este modo se analiza su figura dentro de un marco teórico que bebía de la concepción de una «crisis de la conciencia europea» en el siglo XVIII, partiendo de las ideas hoy generalmente ya superadas de Paul Hazard. Posteriormente, Pérez Magallón ha señalado con toda justicia esta carencia, que aquí se intenta remediar. Sin embargo, o bien sobrevalora las posibilidades del caldo de cultivo de los novatores dentro de España, o tal vez malinterpreta este autor lo que califica como «socorrido recurso» el que se ligue directamente a Turín la escritura y publicación de las *Reflexiones militares,* «como si el ambiente intelectual de la Península no fuera

suficiente para estimular su curiosidad» (Fernández García, 2015: 65-67; Pérez Magallón, 2017: 613). En realidad, Marcenado tuvo más bien poco tiempo para entrar en contacto con las últimas tendencias culturales españolas durante sus dilatados años de carrera militar y, si bien venía pergeñando la idea de sus *Reflexiones* desde sus inicios, no fue hasta su periodo turinés cuando pudo asentarlas, darles forma y publicarlas; y, sin duda, aprovechando el entorno cultural y la encrucijada de ideas de la capital piamontesa, más que las tendencias contemporáneas de su patria. Su *Rapsodia,* más centrada en España, se encuentra en cambio más en consonancia con los movimientos culturales españoles del momento, como puede apreciarse en el intercambio de opiniones entre Marcenado y Uztáriz. Ahora bien, el proyecto truncado de *Diccionario universal* no llegó a buen puerto precisamente por la desconexión de Marcenado con las redes culturales y políticas de la España de su tiempo; mientras que en Turín se encontraba una apreciación más receptiva de su objetivo, como se verá con detalle más adelante. No se entrará aquí a elucubrar si el marqués hubiera podido llevar a cabo mejor o peor sus proyectos de haber permanecido en la Península, pero, en todo caso, es un hecho que los desarrolló mayoritariamente en Turín y que allí se benefició no solo de las tertulias de la corte piamontesa, sino también de las redes culturales y de publicación de libros de la época, entonces de una riqueza notable.

Al margen de lo geográfico, Marcenado, al que englobó dentro de los novatores Francois López en 1996, y se le considera generalmente como tal desde entonces, se encuentra en el límite cronológico de aquellos: nace en la década de 1680 y parte de sus escritos llegan a superar el límite de 1725, el más alejado del marco cronológico tradicional de este grupo. Pese a todo ello, en absoluto debiera considerársele como plenamente ilustrado, aunque corrientes más recientes pudieran pretender integrarle dentro de una primera Ilustración o Ilustración temprana. Su proyecto de *Diccionario universal* (un proyecto enciclopédico en toda regla) encuentra similitudes en sus aspiraciones con la igualmente proyectada idea de realizar una historia comparada por parte del conde de Fernán Núñez o con la aspiración de escribir una historia universal del teatro por parte de Bances Candamo (Pérez Magallón, 2002: 37, 46, 2017: 611, 613). De cualquier forma, en varias de sus obras encontramos diferentes características que le acercan más al marco del pensamiento de los novatores. En las *Reflexiones* se tiene como fuerte referencia al pasado sin perder de vista los cambios de la época y la perspectiva futura, y en su *Rapsodia* se denuncia la decadencia de España, económica y comercial, para después presentar las medidas necesarias para invertir las tornas. No obstante, se encuentra muy lejos de ideas más propias de la Ilustración; en general, si toma como meta la búsqueda del progreso (tomando la palabra con muchas comillas en este contexto) es el económico

y el nacional: aboga por sus ideas en busca de la prosperidad de sus compatriotas, no pensando en una mayor igualdad entre ellos; por la autoridad del monarca, no por una representatividad de la población; por la justicia en la guerra por razones morales con la vista en la religión y no por motivos genéricamente humanistas.

El *Diccionario universal* en su contexto cronológico

Uno de los fenómenos culturales más interesantes del siglo XVIII, tanto dentro como fuera de España y antes y después de la Ilustración, es el de las tertulias: reuniones informales en lugares como salones, casas particulares, tabernas, cafés, imprentas, librerías o incluso soportales, que constituían espacios de sociabilidad que funcionaban no solo como foco de atención sobre la opinión pública, sino también como transmisores de muy variados intercambios de ideas, amén de favorecer el contacto social entre las personas, fuesen cortesanos o miembros de la burguesía. Y para ningún colectivo sería esto tan importante como para los hombres de letras, que fundamentalmente habían permanecido aislados con sus propios escritos, si se exceptúan a dramaturgos y otros autores de obras populares. A partir de entonces, los escritores entrarían en contacto directo con sus pares presencialmente, además de compartir sus ideas por correspondencia o exponiéndolas en medios más dinámicos que sus propios libros como pudiera ser la prensa, que les ponía en contacto con sus lectores más rápido que sus obras. Los intercambios de ideas resultaban ser una pieza más en la escritura de sus obras y, al tiempo que una parte importante de los autores aspiraban a dejar su marca en la sociedad, se retroalimentaban unos a otros a fin de mejorar sus escritos. Se trataba de un proceso crucial que bebía directamente del concepto de República de las Letras y que al mismo tiempo presagiaba su desaparición como cosmovisión: por separado, conducía al individualismo propio del intelectual; colectivamente, las transformaciones del mundo circundante llevaba a los escritores a servir a instituciones o ideales para su propia nación (Álvarez Barrientos, 2015: 60-61).

En el tiempo de los novatores ya nos encontramos sus propias academias, algunas validadas como reales academias, la mayoría de ellas surgidas de tertulias, que desembocarían en sociedades económicas ya en plena Ilustración española. Aunque las diferencias entre las academias barrocas y las desarrolladas en el XVIII existen (no todas las academias del siglo fueron en absoluto iguales y desde luego no todas fueron ilustradas), no es menos cierto que existe una ligazón y una evolución entre unas y otras. De hecho, a principios de siglo y en este contexto es en el que debemos entender la situación en torno al proyecto de *Diccionario* de

Marcenado; la mayoría de las academias se encontraron muy ligadas al modelo italiano de tertulias que las había inspirado ya desde mediados del XVI. Debido a ello, sin duda, pese a la lejanía geográfica, el exilio piamontés de Marcenado debió de acercarle al devenir y evolución cultural de su patria, puesto que él mismo se hallaba inserto en tertulias propiamente italianas más que italianizantes, al tiempo que paralelamente continuaban desarrollándose estas, cierto que gradualmente y con una personalidad más específica en España (Álvarez de Miranda, 1993: 268-270, Stiffoni, 1985: 24).

Pérez Magallón relaciona los distintos proyectos enciclopédicos de Marcenado con la aspiración de amplio espectro que el conde de Fernán Núñez tenía con respecto a la historia y con el que nuestro marqués compartía perfil diplomático, cortesano e incluso militar. Incluso lo vincula con las ideas de Jovellanos, quien más adelante señalaría la carencia de una verdadera historia de España que estudiase el pasado de una forma profunda y alejada de la simple enumeración de hechos más o menos comprobados. Fernán Núñez proponía, alejándose de las historias temáticas desarrolladas por algunos otros autores en la época, una historia causal, analítica y crítica que se extendiese uniformemente por el pasado político, económico, militar y cultural de la nación, de acuerdo con un proyecto cuasienciclopédico que buscaba no solo describir los sucesos ya ocurridos, sino señalar las razones que subyacían a ellos y utilizarlos como reflexión ejemplarizante para mejorar el presente (Blutratch, 2014: 27; Pérez Magallón, 2002: 180-181). Como puede comprobarse, se trata de una visión pragmática y utilitarista de la historia que podemos encontrar no solo en el proyectado *Diccionario* de Marcenado, sino también en sus *Reflexiones* y su *Rapsodia,* dirigidas especialmente estas últimas a la optimización del presente a través de una mejor comprensión del pasado, en consonancia igualmente con el espíritu novator al que ya se ha hecho aquí referencia.

El mismo autor, en lo que se refiere a las características más destacadas del proyecto de Marcenado, resalta su ambición por aspirar a una renovación cultural en su época; su consideración de necesitar de un respaldo institucional, que le lleva a ponerse en contacto directamente con la Real Academia y el mismísimo rey y, por último, el considerarlo como una empresa nacional colectiva o, al menos, aspirar a ello para que el proyecto llegase a buen término y fuera capaz para participar de la República de las Letras. La tendencia enciclopédica era habitual entre las élites letradas de finales del XVII, sin embargo, ya han dejado de aspirar a convertirse en eruditas con respecto a una materia muy específica y en cambio desean tener un acceso más rápido y fácil al saber en su conjunto. Ante el riesgo de caer en la superficialidad, Marcenado trata de implicar a las instituciones de poder, a través de la Real Academia y el propio monarca, en un intento de conceptualizar la cultura

dentro de las instituciones políticas de la época. No se trata únicamente del apoyo económico y simbólico de un grupo de personas, sino de ligar indisolublemente ambas facetas, la política y la cultural, como otros autores ya habían intentado y muchos de ellos conseguido, gracias a una mayor cercanía a la corte. Algunos autores han atribuido el fracaso del proyecto, como el propio Marcenado, a la falta de compromiso y al poco interés de España respecto a estos empeños, pero el propio Pérez Magallón considera esta tesis incorrecta, consciente de que otras tentativas geográficamente más cercanas al poder de la Corona tuvieron un mayor éxito que la propuesta por Marcenado (Pérez Magallón, 2002: 618-619, 621).

Desde principios del siglo XVIII comenzaron a surgir en Europa, España incluida, distintos centros culturales que sacaban adelante lo que entonces se conocía como República de las Letras, fundamentalmente impulsados por sus propios integrantes, pero también fomentados por el poder político de cada lugar, incluido el patronato regio de las academias en el caso de España, que comenzaría por la fundación de la Real Biblioteca, de carácter público, y continuaría con las distintas Academias. De esta forma, surgieron estas entidades de tertulias culturales de distinta naturaleza, impulsadas desde las clases privilegiadas: algunas eran únicamente reuniones literarias o agrupaciones universitarias, otras tenían mayores aspiraciones científicas o de erudición. Las más importantes de ellas, aquellas que lograron obtener el visto bueno del monarca, consiguieron ostentar el honor y el título de Reales Academias. La de la Lengua, aparecida a partir de una tertulia del marqués de Villena en 1713, dio lugar al *Diccionario de autoridades,* entre 1726 y 1739, y la *Ortografía española,* en 1741. La Real Academia de la Historia, surgida de la tertulia del abogado Julián de Hermosilla en 1738, fue no obstante incapaz de llevar adelante su proyecto de *Diccionario histórico-crítico* de España. Otras academias, científicas o humanísticas, surgirían a lo largo del reinado del primero de los Borbones en España (Aguilar Piñal, 1985: 151-153; Álvarez Barrientos, 2006: 254-255, 261-262; García Cárcel, 2002: 261, 263).

En cualquier caso, estaba claro que, para llevar adelante un proyecto de determinada ambición, era necesario residir en Madrid o, al menos, tener el respaldo de las instituciones de la corte y sus dirigentes. Esto era así no solo por la tendencia centralizadora de la nueva dinastía borbónica, que por supuesto incluía los aspectos culturales, sino también por la proximidad a la clase política y al propio monarca, que ayudaba al desarrollo adecuado de los diferentes proyectos. Los planes de reforma cultural siempre dependerían del beneplácito de distintos y variables ministerios, cuando no del mismísimo rey de forma directa o indirecta, a través de la influencia eclesiástica de su confesor, por ejemplo. Las propuestas que finalmente desembocaron en la Real Academia de la Lengua y la Real Academia de la Historia,

bien asentadas en la corte, contrastan con otros proyectos más periféricos que no tuvieron tanto éxito; bien fuese por no encontrarse cercana geográficamente a los círculos intelectuales de la capital española, por no tener los contactos adecuados dentro de la corte o por no plegarse a las ambiciones centralistas del nuevo monarca. Aunque el padre Feijoo pudo continuar su *Teatro crítico* y otros proyectos sin necesidad de acercarse más a la corte, debido a su buena relación con Felipe V, Gregorio Mayans vio terminar sin fruto su proyecto de Academia Valenciana por no plegarse a la uniformidad centralista del gobierno borbónico. Tanto este como otros casos similares, como el de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, no lograron su pleno desarrollo no necesariamente por su situación geográfica más periférica, sino por aspirar a su independencia y no estar supeditadas al dictamen de sus «hermanas mayores» madrileñas; en el caso de su homónima barcelonesa, contribuyó también su escasa actividad y el poco éxito de sus proyectos. Todo ello ha de tenerse en consideración a la hora de analizar el fracaso del proyectado *Diccionario universal* de Marcenado, que no era el único en parecida línea (García Cárcel, 2002: 262, 268; Álvarez de Miranda, 1993: 297-299; Aguilar Piñal, 1985: 166-167; Álvarez de Miranda, 1997: 96-97).

Un proyecto en constante evolución

Durante varios años, si no décadas, el marqués de Santa Cruz de Marcenado estuvo dándole vueltas al proyecto de *Diccionario universal*. Él mismo nos cuenta cómo llevaba desde 1708 dando forma a sus *Reflexiones* y que, próxima la publicación de su décimo tomo, decidió, antes de enfrentarse a sus *Cómputos* (finalmente en el undécimo tomo de las *Reflexiones*), dar una forma más concreta a su proyectado *Diccionario,* publicando así sus primeras ideas de estructura y contenido en un anexo del octavo volumen de su obra magna. El plan inicial del marqués era incluir en su *Diccionario* todas las palabras españolas teniendo en cuenta su ortografía a partir de los manuales mostrados por la Real Academia, llegados a manos del marqués en 1726 e incluyendo sus distintas abreviaturas, con su traducción al francés, italiano y latín, poniendo en cada una de las cuatro lenguas el distintivo necesario para demostrar la calidad y género de verbos y nombres y la variación que en algunos de sus tiempos hacen los verbos irregulares; especificaría también las voces de poco uso por ser muy antiguas o no lo suficientemente admitidas por demasiado modernas. Además de todo esto, proyectaba proporcionar la etimología de las palabras españolas. Incluía también su proyecto una codificación para diferenciar género y número en los nombres, los tiempos verbales y notas para señalar

distintas definiciones en función de su temática. Con la precaución de no engrosar en demasía el volumen de la obra, combina el marqués su ya conocido interés por reconocer el trabajo ajeno en notas bibliográficas:

> No solamente se citarán los autores de otros diccionarios, sino también los citados por los diccionaristas, para que, si algún sujeto no tiene las obras de los últimos y quiere ver con más extensión la especie en los primeros, halle desde luego noticia del libro en que puede buscarla. No seguiré tal método en los puntos meramente etimológicos, donde me contento con las decisiones de la Academia Real de España, a cuyo *Diccionario* me referiré siempre que no se ofrezca poderosa razón de dudar: lo mesmo ejecutaré sobre etimologías francesa, italiana y latina citando los diccionarios etimológicos de más conocida autoridad en aquellas lenguas, pues lo contrario sería cansar inútilmente al lector y abultar la obra sin necesidad (Navia Osorio, VIII-b: 3-5, 9-12).

En cuanto al contenido, Marcenado es profusamente extenso en detalles de geografía e historia. Junto a descripciones sobre provincias, pueblos, montes, ríos, lagos, puertos y costas memorables, curso de los ríos, pretendía incluir las batallas tenidas en cada lugar, tratados de paz o ligas para guerra, amén de las características sobre la esterilidad o abundancia de uno u otro género, su gobierno, clima y la forma de ser de sus habitantes. Añadiría asimismo definiciones de ciencias, artes y oficios junto con sus principales expertos, además, esperaba poder incluir los nombres de los instrumentos de cada oficio de regreso a España. En consonancia con sus intereses políticos y militares, advertía extenderse más que en otros en términos facultativos de náutica, guerra, matemática y sus dependencias. Pretendía incluir también a escritores y sus obras, dando contexto y juicio de otros estudiosos y el propio marqués, señalando las ediciones más fieles de cada obra y si habían sido prohibidas o expurgadas por la Inquisición. Se planteaba, en fin, adjuntar nombres y biografías de otras personas de distinción, amén de cronologías de reyes en torno a sus reinos, concilios teológicos y otros temas que los precisasen, pero también nombres fabulosos y sus mitos con respecto a ellos. No se olvidaba tampoco de animales y plantas, con sus nombres, descripción, conservación y cría de ser necesario, utilidad y de dónde eran naturales; minerales con su descripción, extracción, uso o lugares de abundancia de los mismos (Navia Osorio, VIII-b: 4-9).

En suma, se trataba de un proyecto, señala Sánchez-Blanco, en el que predomina «la preocupación humanista y el criticismo histórico», muy en la línea de la renovación de las letras propugnada por su corresponsal Muratori, aunque no nos consta que llegase a debatir el *Diccionario* con Marcenado. Álvarez de Miranda considera que fue un proyecto expuesto precipitadamente según iba organizándolo dentro de sus propios esquemas, y esta circunstancia, amén de las dificultades que encontraría

por el camino, le hace considerarlo como un proyecto cambiante o la simple suma de varios (Sánchez-Blanco Parody, 1996: 692-693; Álvarez de Miranda, 1997: 91).

La principal ventaja que encuentra el marqués a su *Diccionario* es que permitiría consultar el contenido de muchas otras obras en una sola, con la facilidad de su ordenación. Reconocía Marcenado que ya se habían escrito otros libros similares a su propuesta en varias naciones, pero a pesar de todo resaltaba que la facilidad de acceso reduciría el consumo de tiempo en la lectura y el gasto en la compra, eliminando el riesgo de agotarse las ediciones de las distintas obras; por no hablar de que su *Diccionario* podría ampliarse en un futuro por otras manos, perfeccionarse en futuras ediciones (Navia Osorio, VIII-b: 13-14); un conato de actualización, por cierto, que se llevaría a cabo en diferentes diccionarios enciclopédicos más adelante.

Es entonces cuando Marcenado comienza su «llamada a las armas» para dar forma al *Diccionario*. Suplica y propone a los hombres doctos de España que en servicio de la literatura y de la patria contribuyesen a esta obra encargándose cada uno (o varios) de una letra y proporcionándoles a cada uno un listado de los libros que creía necesarios para facilitar el trabajo. Confunde quizás aquí el marqués, en sus inicios, lo práctico del orden alfabético con una panacea, cuando en lo organizativo de la redacción de la obra hubiera convenido, quizás, hacer una distribución temática; pero tiende a ver la luz cuando dice que, si comparten entre varios colaboradores una misma letra, lo óptimo seguramente sería que cada uno se ocupase de lo relativo a su propia especialidad. Propone el reconocimiento del trabajo y la autoría de cada uno en la impresión que según la contribución de pliegos iría a un coste y beneficios u otros, dando dos tercias partes de las copias de toda la obra a los autores si alguno de ellos no adelantase su desembolso para imprimirlas y encargándose el propio marqués de ello, aunque sin dar copias. El compromiso del marqués con su proyecto es tal que, además, en caso de que cualquiera de los autores no conociese alguno de los cuatro idiomas del *Diccionario,* se ofrece no solo a recibir de vez en cuando una lista de los vocablos en los que hay duda y remitirles el significado en manuscrito, sino también sus propios libros, casa y lugar de trabajo para colaboradores que decidiesen trasladarse donde él se encontrase, «con un espíritu de sociabilidad muy dieciochesco» (Navia Osorio, VIII-b:, 16-19; Álvarez de Miranda, 1997: 93) que hacía eco de la labor académica en la Península, pero sin duda también de la propia experiencia cultural de Marcenado en la corte de Turín.

Aunque inmerso en el espíritu transnacional de la República de las Letras, Marcenado no deja de tener en cuenta que su proyecto inicial (a pesar de que incluya traducciones de términos en francés, italiano y latín) es netamente español. Tenía en cuenta y lamentaba a la vez la decadencia cultural de España al respecto. Destacaba los más de cien años que separaban el *Diccionario etimológico* de Covarrubias

y el de la Real Academia, en los cuales, decía, «nosotros hemos vivido en la miseria de sencillos y defectuosos vocabularios». Al mismo tiempo el marqués aspiraba a convertir su proyecto en una obra de referencia y de esta forma hacer que las miradas de la cultura de toda Europa se volvieran hacia España a través del éxito de su *Diccionario*:

> […] cuando el *Diccionario universal,* pasando por mejores manos que las mías, adelante grados hacia la perfección, el anhelo de entenderle estimulará las naciones a aprender el español y tendrán curso entre ellas los demás libros en nuestro idioma, que hoy son desconocidos, casi como los caldeos, de donde resulta que la fama de tantas insignes plumas vuela solo hasta los confines de España y siendo, por consecuencia, corta la ganancia de impresores y libreros, no hay en provincia culta de Europa más pobres librerías que las nuestras (Navia Osorio, VIII-b: 16-19).

En una última aspiración aún más ambiciosa, arguye el marqués que, si el rey se dignase a proteger el proyecto, podría lograrse una obra superior a las que existían entonces en el mundo, proyectando añadir a su proyecto de *Diccionario* los planos de las plazas, cartas hidrográficas y geográficas de costas, ríos y países mediterráneos, figuras y representaciones de animales, plantas y flores y frutos, así como máquinas, instrumentos y el uso práctico de física, náutica, arquitectura civil y militar y la matemática de la guerra, que facilitasen la explicación. Para ello solo se necesitaría que el monarca corriera con los gastos de la apertura de láminas y que la Real Academia Española se encargase de la obra, de forma que sus integrantes de la corte concurriesen a diario en la biblioteca de sus estudios; además de abrir la posibilidad de respaldo por parte de supernumerarios, ingenieros, oficiales, médicos, geógrafos, astrónomos, como ayuda en cada una de sus especialidades. Si la obra se realizase sobre estos principios, en vez de repartirla por letras (cosa que Marcenado ve más lógica), podría distribuirse por especialidades a cada sujeto según la materia de su profesión o de su mayor inteligencia: traducción, geografía, blasón, historia de reinos, plantas, animales y minerales, anatomía o náutica. Añade que, si entre los que contribuyesen a la elaboración del *Diccionario* hubiera suficientes que dominasen la lengua alemana, la traducción de sus palabras se añadiría al resto. El marqués no decide ponerse a trabajar, de todas formas, hasta averiguar lo que el rey y sus propios amigos consideran al respecto, dado que no quería quedarse solo en un empeño del que reconoce que «50 personas eruditas no podrían terminarlo en 20 años de aplicación continua». Aunque es imposible afirmarlo a ciencia cierta, es probable que entre estos amigos con intereses culturales se encontrasen don Pedro Peón y su hermano el deán don Tomás, junto a otros miembros de una especie de tertulia informal ovetense, ya mencionada, que ejercían como críticos amistosos de

su obra y a los que Marcenado menciona al enviar uno de los primeros volúmenes de sus *Reflexiones* al mencionado Pedro (Navia Osorio, VIII-b: 19-21; Crabifosse Cuesta, 1988: 12-13).

Don Álvaro remitió este primer proyecto desde Turín al rey a través del entonces secretario de Estado marqués de la Paz, sugería además más directamente, como ya había hecho por impreso, que los veinticuatro miembros de la Real Academia Española lo llevasen a cabo valiéndose de los recursos de la corte. No es extraño que Marcenado confiase en ellos para que su idea llegase a buen puerto; ya hemos visto anteriormente cómo había validado la autoridad etimológica de los académicos durante la descripción del *Diccionario* y aún les daría más peso con respecto a la ortodoxia ortográfica, a la que encomienda su proyecto:

> Como la gran variación de ortografía que hasta aquí siguieron los escritores de España podría servir de tardanza a quien lea el *Diccionario* para encontrar las palabras que busque, será indispensable le precedan las reglas ortográficas sobre que se forma la sucesión de sus voces. Yo tenía comenzado aquel trabajo, pero le abandoné después que en la próxima pasada semana recibí una copia del mismo (hecha por la Real Academia Española en el año de 1726): no solo porque de mi ignorante pluma nunca saldrían tan claros y útiles principios, sino porque la modestia con que da los suyos aquella ilustre y sapiente congregación […] conque juzgo conveniente imprimir a la cabeza del *Diccionario* la expresada ortografía de la Academia […] (Navia Osorio, VIII-b: 9-10; Carrasco-Labadía, 1889: 201-203).

En enero de 1727 trasmitía el marqués su propuesta original, señalando que contaba ya con veinticinco personas dispuestas a cooperar en él desde Turín y con el mismísimo patronazgo de Víctor Amadeo II de Saboya, aunque únicamente si el *Diccionario* fuese redactado en italiano, lo que no atraía obviamente a Marcenado, pues prefería que la ventaja del resultado final afectase fundamentalmente a España y no a las naciones extranjeras; razón principal por la que buscaba el apoyo patrio:

> Aquí me instan 25 sujetos eruditos para que trabajemos en dicha obra, pero en lenguaje italiano, y como de eso no cogería nuestra nación la principal ventaja, y por otro lado ignoro si la Real Academia Española o mis amigos de España abrazarán la empresa, no despido a los turineses, ni acepto abiertamente su proposición (que se halla acalorada por la aprobación del rey de Cerdeña) hasta que me favorezca vuestra señoría con la respuesta (AGS, SE, leg. 5280, 216).

Tradicionalmente, se venía considerando que fue el rechazo de la Real Academia a su primera propuesta lo que hizo que Marcenado planteara una nueva idea en el siguiente volumen de las *Reflexiones,* publicado pocos meses después. Sin embargo, las actas de la Academia muestran que su dictamen se realizó a partir de dos

proyectos de *Diccionario universal,* que deben corresponderse a los primeros, ya que hablan de una propuesta de «un *Diccionario universal* que contenga las cuatro lenguas española, latina, francesa e italiana, con todas las voces pertenecientes a la Historia, Geografía y demás artes y ciencias con sus etimologías y otras muchas cosas» (ARAE, F1-2-1-11-1-1-L2, fol. 226r). Como consecuencia, no puede tratarse del último intento del marqués de reformular su idea, todo apunta a que por sí mismo o por sugerencia de sus colaboradores o amigos, Marcenado decidió desarrollar con más profundidad su empeño original; al margen de su realización por letras, entiende más práctico publicar este proyecto global en diccionarios temáticos para que, correspondientes a su profesión o carácter, cada persona pudiese hacerse con el conocimiento más útil y de forma menos gravosa.

La propuesta era la siguiente: un tomo para cada uno de estos temas, doce volúmenes en total: eclesiástico (teología, moral, ritos antiguos y modernos de gentiles, hebreos y cristianos, concilios, derecho canónico, historia de órdenes monásticas, militares, de las herejías y del Estado Vaticano, aunque sin biografías de sus integrantes por corresponder eso al diccionario histórico); jurídico (derecho natural, de gentes y civil, además de leyes de guerra, comercio, tratados y congresos); político (tratados de paz, alianzas de guerra, ceremonial de cortes y sus embajadores y quizás temas gubernativos sin entrar en lo económico); bélico y náutico (principales máximas de guerra y náutica, instrumentos para ella, fortificaciones, artillería y minas); de comercio (reglas de cada país para el mismo y sus géneros, descripción de los oficios o artes mecánicas, fábricas, valor y cambio de monedas y pesos en el mundo); económico y «deleitable» (agricultura, ganadería, caza, pesca y gastronomía); médico (filosofía, medicina, cirugía, anatomía, química y botánica aplicada a lo medicinal); misceláneo (artes liberales, gramática, ortografía, retórica, lógica, música, poesía, mitología, blasones y epigrafía); histórico (temas de historia no tratados en otros diccionarios temáticos); geográfico (temas de geografía exceptuando los tratados en otros, también batallas, sitios y sucesos famosos ocurridos en cada lugar); matemático y astronómico (todas las ramas de la matemática, incluyendo arquitectura civil; con posibilidad de fusionar este con el bélico y náutico, si sus colaboradores lo considerasen necesario); a todo ello se añadiría un índice general etimológico con los contenidos anteriores, con la posibilidad de un decimotercer ejemplar con las traducciones de todos los términos para que junto con el índice los lectores pudieran remitirse al diccionario correspondiente. Desarrolla el marqués también otro tipo de subdivisiones de la propia obra en función de estos diccionarios temáticos generales si se extendiera el trabajo; de hecho, plantea dividir el *Diccionario eclesiástico* a su vez en once tomos: bíblico, papal, conciliar, de bulas papales, canónico, teológico, predicativo,

de órdenes religiosas y militares, sobre la Iglesia católica y sus ritos, de las Iglesias herejes y los suyos y, finalmente, sobre religiones gentiles y creencias y ritos paganos; y analiza de nuevo distintas razones prácticas para sacar adelante el proyecto, reconsiderando detalles como los gastos de imprenta, por ejemplo (Navia Osorio, IX-b: 1-13).

En general, dejando aparte la reorganización temática, Marcenado parece haberse centrado en reelaborar su primer proyecto en función de las críticas que recibió, proviniesen de quien proviniesen, aunque descartando la colaboración de la Real Academia, con el fin de hacerlo más práctico y facilitar que se llevara a cabo. En primer lugar, se ocupa de destacar cómo su nuevo proyecto, aun conservando su condición de colección de diccionarios que conformasen su *Diccionario universal,* podría elaborarse de forma independiente, favoreciendo de esta manera su aparición en función del trabajo de cada contribuyente a ella; algo en lo que obviamente fallaba la anterior subdivisión de responsabilidades en función de una letra por individuo:

> En la última expresada subdivisión de diccionarios hay la conveniencia de que se acabará más presto alguna de las obras; y mientras ellas se imprime se concluye otra, y así sucesivamente. Pudiendo un solo sujeto emprender uno de los subdivididos diccionarios, no parte con otros la gloria de su trabajo ni el interés de la venta, si […] prefiere cada autor de diccionario el arbitrio de imprimirle y venderle por su cuenta: importando solamente que todos los diccionarios se impriman en igual folio, para que no desdigan unos de otros los de la obra entera. Si convienen los autores en vender juntos los diccionarios de cada clase, puede formarse al fin de ella el índice que comprenda todos los diccionarios de la misma (Navia Osorio, IX-b: 13).

Con respecto a la extensión de la obra, con la nueva reformulación calcula un tiempo mucho más reducido para llevarlo a cabo, lo que atribuye fundamentalmente a la subdivisión del trabajo y a la posibilidad de que se desarrolle a distintos ritmos, debido a la independencia temática de los diferentes diccionarios de la colección:

> Sé que mirando algunos por mayor la primera proposición de la obra, se espantaron de su tamaño: pídoles consideren si con la subdivisión citada no es dable a un hombre laborioso fenecer en seis años uno de los XI últimos diccionarios, u otro semejante de las demás clases, que también se subdividan, y como al proprio tiempo que un escritor, se emplearán los otros en los diccionarios restantes y la impresión puede comenzar por cualquiera de ellos, aguardo que, aún antes de los seis años, tengamos que esperar al impresor y no este a nosotros. Por mi parte, si mis compañeros no lo desaprueban, tomaré la empresa de subministrar varias noticias a los autores de los diccionarios histórico, geográfico y de comercio. Aparte de esto me encargaré yo solo del diccionario

político, u, acompañado, trabajaré uno que incluya matemática, náutica y guerra, ya que a mis amigos de Turín parece conveniente no desunir los tres asuntos (Navia Osorio, IX-b: 13-14).

Es interesante señalar los temas a los que se liga Marcenado, que reflejan ciertos detalles ocultos del proyectado *Diccionario universal,* como la participación directa de sus amigos turineses para dilucidar la estructura de la obra o los propios intereses de su impulsor por la náutica y la guerra, junto a la matemática por influencia de sus citados colaboradores, así como indicios de otros proyectos suyos. Entre ellos figura la última versión del enciclopedismo de Marcenado a través de un *Diccionario histórico-geográfico,* sin duda con base en el suministro de información histórica y geográfica que ofrece; su futura *Rapsodia,* engendrada quizás por su búsqueda de información para este *Diccionario universal,* o madre en sí misma de su ofrecimiento, o su proyectada *Historia de los tratados* de paz europeos; también su trabajo diplomático entraría en relación con el diccionario de política que él mismo se había adjudicado.

Por último, Marcenado vuelve a poner sobre la mesa su petición de ayuda para sacar adelante su proyecto, si bien presenta esta vez una triple propuesta: su realización en Italia, en España o de forma conjunta en ambos territorios. Las esperanzas del marqués respecto a la puesta a punto de este nuevo *Diccionario,* sin embargo, comienzan a aterrizar en tierra firme y no descarta abandonar su empeño si no consigue hallar respaldo suficiente para él, algo lógico, teniendo en cuenta lo inabarcable del empeño para una sola persona:

> Vuelvo a suplicar a los eruditos de Europa, y en particular a los de España, se sirvan de avisarme lo que juzguen oportuno mudar en estas ideas, y si me hacen la honra de aceptar algunos asuntos de la obra, con distinción de si escribirán en latín o italiano para trabajarla en Turín, o en español para ejecutarla en Madrid. De lo primero veo esperanzas; de lo segundo no puedo hablar, porque todavía no corresponden las respuestas de España sobre el primer proyecto que remití a mis amigos de aquel reino, pero si tanto en él como en Italia encuentro suficientes asociados para emprender la obra en las dos lenguas, deseo que ambas congregaciones pasen una recíproca fiel correspondencia en participarse los pensamientos para el método, las noticias de libros para la composición y crítica y todo lo demás conducente al breve y feliz éxito del empeño. Si no le abraza cantidad bastante de personas, ya en mi primera idea sobre el mismo dije que yo también le dejaría (Navia Osorio, IX-b: 14-15).

Una vez reformulado su proyecto inicial, Marcenado volvió a remitir esa primavera su remodelación del *Diccionario* al monarca y a la principal autoridad de la Real Academia Española. Aparentemente, sus posibles colaboradores en la corte

piamontesa se habían posicionado de forma aún más clara, lo que resultaba un agravio comparativo frente al aparente desinterés por parte de sus interlocutores en la Península:

> Habiendo sabido que mi proyecto para un *Diccionario universal* pareció sobrado vasto para contenido en un solo alfabeto, he formado el adjunto detallo, y desde la página 12 del mismo otra subdivisión todavía más por menudo, sobre cuyo pie hallo ya en Italia cien personas que se ofrecen a emprender la obra, prueba de que no es imposible (AGS, SE, leg. 5280, 229).

El proyecto se transmitió a la propia Academia, aunque tales documentos de Marcenado no se conservan, a pesar de que se cree que pudieran haber sido devueltos al Palacio Real junto con su informe, de ellos no se ha hallado rastro alguno en su biblioteca actual ni en sus archivos. La Academia analizó, por petición regia trasmitida por su presidente, la propuesta del *Diccionario universal* en junio de 1727, elogió la propuesta como grande y ambiciosa, pero desgraciadamente se consideró demasiado difícil poner en práctica. La Historia de la Real Academia que acompañaba a su primer diccionario, afirmaba que el proyecto «[…] prometía en su logro el más insigne, útil y glorioso trabajo, pero que en su práctica hallaba dificultades insuperables». En todo caso, la cara pública de la Real Academia con respecto al proyecto enciclopédico de Marcenado resultaba ser mucho más amable que el juicio de valor emitido por el jesuita José Casani como respuesta al presidente de la Academia y en último término al monarca y al propio Marcenado. El detalle resulta llamativo, ya que se sabe que los textos de historia de la Real Academia estarían escritos por el propio Casani, quien aparentemente no quiso dejar públicamente en entredicho la por otra parte elogiable aspiración del marqués, con independencia de que en el documento de respuesta por parte de la Real Academia se refiriese al proyecto en términos bastante duros: irrealizable, confuso, poco práctico e incluso fantasioso, entre otros (ARAE, F1-2-1-1-1-1-19-1, F1-2-1-11-1-1-L2, fols. 226r-227; Anes y Álvarez de Castrillón, 2009: 21; Carrasco-Labadía, 1889: 202; Álvarez de Miranda, 1997: 94; Casani, 1739: V-VI).

Del noveno marqués de Villena, fundador y segundo presidente de la Real Academia, se desconoce su opinión sobre el proyecto enciclopédico de Marcenado, pese a que sin duda debió de llamar su atención. Ambos marqueses compartían varias circunstancias vitales de forma llamativa: habían sido militares y combatido por la causa borbónica en los territorios de Aragón y Cataluña, para después ejercer temporalmente como diplomáticos (Villena, al igual que Marcenado, también junto a Víctor Amadeo II en Turín y posteriormente en París, como luego haría el asturiano) y estaban interesados no solo rn un ideal de la cultura al servicio de

la patria, sino también en la creación de diccionarios; Marcenado el suyo propio, Villena supervisando el *Diccionario de autoridades* de la Academia que su mismo padre había impulsado. En todo caso, en el penúltimo volumen de las *Reflexiones,* podemos encontrar, junto a las de otros corresponsales, una apreciativa y alentadora misiva de Villena con respecto al trabajo literario de Marcenado, si bien sin hacer mención de su proyectado *Diccionario* (Nasarre y Ferriz, 1738: 34-37; Navia Osorio, X-a: 18).

En vista de que esta segunda iteración del proyecto enciclopédico del marqués de Santa Cruz de Marcenado se encontró con un rechazo institucional que algunos entienden como afortunado, considerando que asumir los dos proyectos por parte de la Real Academia hubiese truncado ambos, el penúltimo tomo de las *Reflexiones* nos presenta un último acercamiento de Marcenado a su proyecto de *Diccionario universal,* con nuevos cambios y prácticamente a la desesperada. Las razones del cambio vienen claramente dadas por la falta de respaldo institucional y las críticas de la Real Academia y, como consecuencia, se propone una idea muy distinta a las anteriores: un *Diccionario histórico-geográfico* muy extenso y dividido por temáticas, reformulando, asimilando y resumiendo las anteriores propuestas de su aspiración al antiguo proyecto de *Diccionario universal.* No falta quien considera este último envite como «una mera refundición de diccionarios preexistentes». Marcenado bien hubiera podido haberse anticipado a estas críticas, puesto que defiende las razones de la provisionalidad de su último proyecto en la introducción del décimo volumen de sus *Reflexiones*. De esta forma, el marqués está achacando sus defectos al hecho de que se trate de una versión por pulir, que ni siquiera planeaba llevar a imprenta y que solo vio la luz de esta forma por la presión de sus amigos y colaboradores:

> Mi última idea para ella se imprimirá a continuación de los índices de este volumen, si tengo tiempo de estamparla; pero irá en bruto, porque la escribí sin determinación de entregarla a la prensa, y las apariencias de mi próximo viaje no permiten detenerme a limarla, ni a quitar varias duplicaciones del borrador, originadas de estar hecho para que algunos compañeros míos, sin haber de copiarle todo, trasladasen lo que fuese de su gusto en la porción, que a cada uno toca. Ahora muchos de ellos, viéndose difuso, quieren que se imprima, por escusar el trabajo de reescribirle. Diversos amigos de España le piden, a fin de observarle antes de resolver el empeño de formar la obra en español y el sacar yo tantas copias manuscritas, como son los sujetos de provincias diferentes que desean ver la idea, me ocuparía muchos meses (Álvarez de Miranda, 1997: 95; Navia Osorio, X-a: VIII, X-b: 94, 112).

Muestra igualmente una notable erudición al presentar un gran número de obras especializadas en el saber de la época, pues utiliza más de cincuenta diccionarios de

los siglos XVI al XVIII, la edición más temprana de 1546 y la más tardía del año 1725, apenas dos años antes de la publicación del texto de Marcenado. Destacan entre las referencias las menciones al *Grand dictionnaire historique* de Moreri (París, 1674) y el *Dictionnaire universel francois et latin* de los padres de Trévoux (Trévoux, 1721): del que Marcenado señala excluir el contenido de historia por razones que no explicita. También incluye un glosario de diferentes diccionarios para traducir los términos de unos idiomas a otros, entre los que destacan en nuestro contexto el de Nebrija, el *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias y el *Diccionario de lengua castellana* de la Real Academia Española (Navia Osorio, X-b: 96-112).

Ahora bien, aunque Marcenado nos presente aquí un desglose de cómo llevar a buen término el *Diccionario histórico-geográfico,* no parece que haya renunciado del todo a su antiguo sueño enciclopédico, sino que el nuevo proyecto individual se presenta como una mera demostración de que el *Universal* resultaría viable, como puede deducirse de las referencias a otras obras en relación con esta, de las que nunca más se supo, pero que tienen sentido en el contexto de una obra global. Más aún, a lo largo de la obra se nos presenta una visión más clara de su último envite para dar a luz un *Diccionario universal,* señalando que junto al explicitado histórico-geográfico y un mencionado matemático existen aún cuatro diccionarios más en preparación (jurídico-político, jurídico-bélico, teólogo-político y teólogo-bélico), a los que probablemente se sumaran otros tantos libros por sus correspondientes temáticas en reserva, si bien descartaba una mayor *Biblioteca universal*:

> Yo había pensado en una *Biblioteca universal* que descargase al *Diccionario histórico* del inmenso peso de tantos escritores; y discurría en formar un índice de materias de la *Biblioteca* que fuese razonable equivalente de un *Diccionario universal* de ciencias, artes y oficios. Pero habiendo vuelto a reconocer diversas bibliotecas, me parece insoportable la mole […], sobre todo hallándose la mayor parte de nuestros compañeros ocupados con la multitud de pertenencias del *Diccionario histórico-geográfico* y de otro matemático y bélico (Navia Osorio, X-b: 7, 29, 87).

Un detalle interesante a considerar es que, por primera vez en un reparto de contenidos mucho más extenso que en versiones anteriores, se explicita que el marqués tenía ya apalabrados algunos de ellos con personas concretas. Lamentablemente, quizás para no ligarlos de forma indeleble al proyecto por si este no se llevaba a cabo, ni a forzarlos a realizarlo por haberse comprometido públicamente de forma previa si no lo desearan finalmente, se les menciona únicamente a través de iniciales, que en algunos casos aparecen también acompañadas de sus títulos nobiliarios y que hacen bastante difícil, cuando no imposible, su identificación. Sobre todo teniendo en cuenta que no sabemos si se refiere tanto a colaboradores

en territorio español como piamontés: aunque menciona a profesores de la Universidad de Turín como «parte de los cuales no entraron en nuestra asociación», lo que nos hace presuponer a parte de su profesorado inmerso en el proyecto, tan solo señala estrictamente a españoles al referirse a que convendría que la escritura del texto con respecto a la Inquisición corriera a cargo de un miembro de la misma institución (Navia Osorio, X-b: 29, 87). Podría resultar llamativo que este borrador incluyese únicamente a diecisiete personas concretas que participasen en el mismo, un número aparentemente muy inferior al que alardeaba anteriormente Marcenado en su comunicación con la corte española; sin embargo, debe tenerse en cuenta que se trataba de una especie de demostración práctica de un *Diccionario histórico-geográfico,* que excluía por su materia a otros potenciales colaboradores del marqués con respecto a proyectos anteriores.

El reparto temático, con más detalle, es el siguiente: a cargo de las tablas genealógicas de soberanos de países hereditarios, el señor C. F. de B; a cargo de la Geografía de Tierra Santa y de Egipto, el señor A. P.; sobre Historia diplomática, los marqueses de G. y de B. y los condes de Cn., Cl., S. y R; sobre deidades paganas, sus ídolos y culto y otras informaciones similares, el señor C. de V.; Historia bíblica para el señor A. Psu; de los pontífices romanos y extracto de sus bulas más importantes, un tal M. R.; de los cardenales, A. de S. G.; Historia de los patriarcados, arzobispados y obispados, el reverendísimo padre M. Alb; de órdenes monásticas y militares (reservando sobre el Santo Oficio a alguien más próximo a las fuentes necesarias) A. Ph. Pr; de santos, el reverendísimo padre Scr.; sobre concilios y cánones, A. Pal; y sobre las herejías, el reverendísimo padre Ab. S. No eran los únicos contenidos previstos: el propio Marcenado se reservaba el tomo con materias relativas a hechos militares y deja abierta la puerta a nuevos colaboradores para los diferentes países (Navia Osorio, X-b: 3-34). También hace mención a Feijoo, aunque no está claro si llegó a proponer a este último compatriota participar en el *Diccionario,* tampoco es seguro que ambos tuvieran trato previo siquiera por correspondencia o a través de terceros, así, cabe la posibilidad de que solo lo tuviese en cuenta por su reputación. Al igual que el *Histórico-geográfico* se considera tan solo una parte del *Universal,* la propuesta original de Marcenado era incluir todos estos temas en un único cuerpo enciclopédico en torno a la historia y la geografía. Pese a ello, sin embargo, barajaba la posibilidad de que las fuerzas o la voluntad de sus colaboradores fallasen, previendo que cada uno de los temas pudiera publicarse con epígrafes de diccionarios o Historias de forma independiente, aunque siempre impresos en el mismo formato para adecuarlo a una misma colección. La extensión de las indicaciones a seguir para dar forma a este diccionario es mucho mayor que las de los borradores presentados en los volúmenes previos de las *Reflexiones,* en parte quizás por el deseo

del marqués de clarificar su proyecto y hacerlo factible en su llamamiento de apoyo, pero principalmente por encontrarse ya en cierto movimiento su plan y con algunos de sus colaboradores pidiendo instrucciones para no trabajar equivocadamente:

> Habiéndome ordenado mis compañeros sobre lo que pusiese en escrito mi idea para el *Diccionario histórico-geográfico,* pretendí escusarme con el verdadero motivo de no ser dable combinar en poco tiempo las casi infinitas materias y reglas de tan vasta obra, pues la práctica suscita muchísimas dudas y advertencias, que escapan a la especulación de hombres doctos, cuánto más a la mía, y no se puede meditar el expediente hasta que se halle la dificultad. Replicaron mis amigos que se hacían cargo de esta; pero que también era cierto no poderse comenzar el trabajo sin anticipar algún método, y pues no bastaba que cada sujeto le efectuare con perfección, si le falta uniformidad a lo que los otros componen, así como de varias facciones de hermosas pinturas, entre sí diversas, resultaría un disforme rostro, por defecto de proporción respectiva (Navia Osorio, X-b: 28, 80, 91-92, 110).

Así pues, en este borrador de *Diccionario histórico-geográfico* se analizan posibles reparos críticos y se señala la forma de tocar los puntos controvertidos y las uniformidades de fechas, presentaciones y orden alfabético de nombres, citas, uso del papel y notas al margen o erratas, entre otras cosas. Marcenado se presenta a sí mismo como supervisor de la obra para darle la uniformidad necesaria si fuera menester y defiende su publicación en español por no existir nada parecido en dicha lengua y para defensa de la patria, aunque los términos se tradujesen a otros idiomas; aspiración esta que permanecía constante desde el primer proyecto de diccionario. La última palabra al respecto termina en poco más que una súplica desesperada, que intenta en vano apelar a la conciencia nacional de sus compatriotas:

> Prometo adelantar los gastos de la imprenta, o buscar una compañía de libreros que la ejecute y componer yo uno de los tomos y dejaré à mis compañeros toda la ganancia, siendo para mí sobrada la de que nuestra patria logre la obra y entre con el tiempo en gusto de mejorarla. Cuando también a esta proposición rehúsen el oído mis paisanos, puedo llorar su literaria negligencia, pero no evitarles el sonrojo de que los caballeros de la sola corte de Turín y algunos otros habitantes de la misma emprendan por entero un trabajo para cuya parte no se presente bastante número de hombres de tantas provincias como España tiene, habiendo en ellas centenas de sujetos capaces de mayor asunto (Navia Osorio, X-b: 52-91, 112).

Tras fomentar el proyecto para gloria de su patria y con esta dándole la espalda, Marcenado empieza a intensificar sus intereses universalistas, planteándose incluso reservar parte de la edición para enviar copias a autoridades e instituciones culturales a lo largo de toda Europa; algo que encuentra conveniente, quizás en agradeci-

miento por usar como base sus distintas obras previas o tal vez en consonancia con el ideal de República de las Letras elevado al ámbito europeo. El marqués empieza a esbozar un nuevo proyecto paralelo, una *Biblioteca militar* con distintos diccionarios especializados en temas bélicos para el que decía estar buscando nuevos colaboradores, tanto españoles como italianos, y traducirla si la obra viera la luz originalmente en este idioma (Ruiz de la Peña Solar, 2012b: 318-319; Navia Osorio, X-a: 342-343). Pero este nuevo planteamiento pareció quedar definitivamente en agua de borrajas.

No así, sin embargo, al menos aparentemente, el *Diccionario histórico-geográfico*. En septiembre de 1727, Marcenado afirma tener «esperanzas de buen éxito, principada en Turín y en idioma italiano, la obra que pareció imposible en España»; al mes siguiente, recalca no solo cómo el proyecto ya se había iniciado con el apoyo, renuente o no, de los intelectuales turineses, sino que contaba incluso con el patronazgo de su monarca:

> Remito a vuestra excelencia el décimo tomo de mi obra, al fin del cual va mi proyecto, sobre cuyos primeros 16 capítulos se trabaja ya con toda fuerza en Turín y con la protección de este príncipe, el *Diccionario* que pareció imposible a algunos literatos de España (AHN, E, leg. 2705, AGS, SE, leg. 5280, 299).

No se ha podido encontrar, sin embargo, rastro alguno de este trabajo entre los fondos de los Archivos Estatal y Municipal, el Museo de Turín ni la Biblioteca Real de Turín, tampoco en el Archivo central del Estado italiano. Asimismo no hay constancia de que el marqués lo conservase consigo y si así fuera debió de perderse al donarse a la Universidad de Oviedo, a juzgar por catálogos del archivo familiar de los marqueses de Santa Cruz de Marcenado realizados a finales del siglo XX.

Al margen del destino final de estos borradores, todo indica que, ante las órdenes que obligaron al marqués a abandonar Turín, sus distintas responsabilidades, la falta de respaldo desde España y su prioridad en otras obras como el undécimo tomo de las *Reflexiones* o su *Rapsodia*, sumaron tantos impedimentos que fue imposible que el proyecto llegase a buen puerto. Las últimas palabras públicas de Marcenado con respecto al *Diccionario* se dirigen al lector del décimo volumen de sus *Reflexiones*. En el contexto de su nombramiento diplomático en Francia el marqués presenta sus últimas excusas y testimonia sus esfuerzos postreros para sacar adelante su proyecto:

> Visité luego a la porción de asociados que pude, para suplicarles no dejasen por mi ausencia de continuar el trabajo, pues ya tenían noticia de la idea del mismo, y yo enviaría el mío desde dondequiera que me hallase, con la sola diferencia de tal cual mayor

> tardanza procedente de las ocupaciones de mi nuevo empleo. Ya sé que le debo todas las horas, pero me atreví a esta proposición porque mi parte de obra está casi fenecida, excepto la colocación, y para lo que a mí no sea factible, suplirá otra persona de mayor habilidad y menos quehaceres, cuyo nombre se publicará en tal caso. Algunos de mis amigos ofrecieron proseguir, otros no determinaron, muchos se hallan fuera de Turín, y a diferentes no encontré en sus casas (Navia Osorio, X-a: VII-VIII).

Para cuando Marcenado retomó la publicación de sus *Reflexiones* con su undécimo tomo desde París, en 1730, ya parecía haber abandonado cualquier esperanza o idea de sacar adelante su *Diccionario universal*. En ninguna de sus páginas se encuentra mención a proyectos previos o a una nueva iteración de los mismos, por el contrario, se prevé la publicación de nuevos volúmenes y contenidos de sus *Reflexiones,* que finalmente se trunca por las responsabilidades a las que debe atender primero y, en último término, por la muerte del propio marqués. Del *Diccionario* ni rastro. Un amargo final para quizás el proyecto más ilusionante de los últimos años de vida de Marcenado. Grandes ambiciones y buenas intenciones que no se vieron acompañadas por el respaldo cultural o institucional que esperaba un español vuelto hacia Europa, quien, mucho antes de que la *Enciclopedia* francesa se ganase su nombre, trataba de no dejar a su país fuera del movimiento enciclopédico moderno que ya comenzaba a dar sus primeros y titubeantes pasos en el resto del continente europeo (Álvarez de Miranda, 1997: 95-96).

DICCIONARIO UNIVERSAL	Primera versión (enero de 1727)	Segunda versión (abril de 1727)	Tercera versión (octubre de 1727)
Idioma	Español (y etimologías), francés, italiano y latín (se plantea ampliarse también al alemán)	Español, con etimologías españolas en el índice y equivalencias al francés, italiano y latín en un diccionario aparte	Español con índice y equivalencias al francés, italiano y latín (con apoyo de Madrid); italiano o latín (si se hace desde Turín)
Contenido	Geografía e Historia, ciencias, artes y oficios, escritores y obras, personas de distinción y ficción, animales, plantas y minerales, tablas cronológicas si fuera necesario, láminas explicativas si se encontrase apoyo	Temas eclesiásticos, de jurisprudencia, política, bélica y náutica, comercio, economía, medicina, historia, geografía, astronomía, matemáticas, lingüística, literatura y artes	Histórico-geográfico, matemático, jurídico-político, jurídico-bélico, teólogo-político y teólogo-bélico
Páginas del proyecto	21 páginas en total: 1 página de introducción, 6 sobre contenido, 4 sobre ortografía y abreviaturas, 4 sobre ventajas, 6 de organización y llamamiento	16 páginas en total: 7 páginas sobre contenido, 9 de organización y llamamiento	112 páginas en total: 32 páginas sobre contenido, 80 de organización, ventajas y llamamiento

DICCIONARIO UNIVERSAL	Primera versión (enero de 1727)	Segunda versión (abril de 1727)	Tercera versión (octubre de 1727)
División	3 o 4 partes, divididas por orden alfabético	13 diccionarios: 11 temáticos (que pueden subdividirse más), un índice de contenidos y un listado incluyendo sus traducciones	6 diccionarios (solo desglosado el Histórico-geográfico) con sus subdivisiones temáticas, que podrían publicarse independientemente
Ventajas	Síntesis de contenido de numerosos diccionarios, ahorro de tiempo y dinero en su consulta, promoción cultural de España	Los diccionarios independientes permiten no retrasar el proyecto en su conjunto y su venta individual, defensa de la fe frente a ideas protestantes, utilidad para los españoles	Facilidad de acceso a la información, promoción cultural de España
Organización	Una letra asignada para cada persona o, si coincidiesen varios, la especialidad de cada uno dentro de ella	Por diccionarios temáticos o subdivisiones de los mismos	Subdivisiones temáticas en cada diccionario o una letra por persona fusionando obras anteriores
Llamamiento	Eruditos de España, patronazgo del rey y la Real Academia	Eruditos de Europa, especialmente de España	Corte española, corte de Turín
Respuesta	Rechazo de la Real Academia Española por el tamaño de la iniciativa	Rechazo desde España, 25 personas dispuestas a participar en Turín (para un proyecto hecho en latín o en italiano)	Rechazo desde España, 100 personas dispuestas a participar en Turín (haciéndose en latín o italiano)
Estrategia	Redefinición del proyecto y concretización de los contenidos	Redefinición del proyecto, mayor reducción de los contenidos	Inicio del proyecto en Turín hasta al menos 16 capítulos, posterior abandono

Tabla 3. Versiones del *Diccionario universal*.[40]

El enciclopedismo posterior a Marcenado

Teniendo en cuenta que el proyecto de Marcenado nunca llegó a realizarse, resulta complicado considerar la influencia de sus ideas enciclopédicas en el enciclopedismo posterior. Sin embargo, existe un vínculo entre ambas realidades, a través de la persona del abate Nicolás Lengle du Fresnoy, un escritor francés con el que

[40] Tabla de elaboración propia.

Marcenado trabó amistad durante su tiempo en Francia. Du Fresnoy conoció al marqués durante sus negociaciones en el Congreso de Soissons, donde él mismo ejercía como amanuense. Este autor había tenido anteriormente problemas con las autoridades francesas por sus obras, había sido incluso encarcelado temporalmente por su actividad literaria, pero la intercesión de Marcenado le permitió superar los inconvenientes a los que se enfrentaba su publicación, incluyendo una intensa censura. En agradecimiento le dedicaría la nueva edición ampliada de su *Méthode pour étudier l'histoire* (1729). A lo largo de esta dedicatoria, poco más que un refrito del prefacio de la primera edición de 1713, si bien intercalado con distintas alabanzas a su protector, podemos encontrar amplio testimonio de la colaboración entre Du Fresnoy y Marcenado; en ella el escritor francés demuestra haber puesto en común con el asturiano sus intereses culturales, ya que en varias ocasiones hace mención a determinadas obras de las que dice ser consciente que el marqués ha leído o consultado. En su repaso del estudio de la Historia y sus autores, Du Fresnoy no deja de destacar cómo su protector haría enriquecer la literatura española si se dedicase a ella con la misma profundidad y atención que ya había empleado en la teoría militar; admite, sin embargo, que en ese momento Marcenado dejaba esa ocupación a otros para encontrar «por vías más sublimes el hacer reflorecer las letras, buscando a las órdenes de un príncipe tan pacífico como valeroso, a procurar con la tranquilidad general de Europa ese agradable ocio necesario para hacerlas fructificar útilmente» (Sheridan, 1989: 95-96, 98-99; Lenglet du Fresnoy, 1729: I-XIV; Michault, 1761: 75).

Queda a decisión del lector considerar si el francés hacía referencia a proyectos pasados o futuros de Marcenado. Bien sabemos ya las características de los proyectos de diccionario del marqués y las posibles razones de su fracaso, pero no cabe olvidar que el asturiano, aún inmerso en sus obligaciones diplomáticas en el seno de Francia, no dejaba de pergeñar obras, así, el estudio del contexto que rodeaba sus obligaciones diplomáticas le había inspirado la posibilidad de escribir una *Historia de los tratados* de España desde los Reyes Católicos hasta su propia época (Navia Osorio, 1732: 14); proyecto del que quizás hubiera hecho partícipe a Du Fresnoy, habida cuenta de que ambos compartían intereses culturales, especialmente, por el estudio histórico.

En todo caso, se refiriese Du Fresnoy a aspiraciones pasadas o futuras de Marcenado, está claro que ambos hombres debieron de poner en común sus ideas y departir no solo sobre el proyecto enciclopédico del marqués en su conjunto, sino más específicamente sobre su última iteración como *Diccionario histórico-geográfico;* los conocimientos del autor francés sobre los libros consultados por el asturiano a lo largo de la dedicatoria lo demuestran. Es difícil afirmar una mayor

influencia de Marcenado sobre la obra de Du Fresnoy no solo porque de sus planes históricos únicamente nos quedan ideas organizativas, sino porque la clasificación taxonómica del contenido previsto por Du Fresnoy en su edición del *Méthode* en 1714 no difiere en gran medida de la de 1729. No se puede descartar, en todo caso, que el trato con el marqués no redundase en una cierta influencia sobre la nueva edición de Du Fresnoy, pero resulta imposible señalar hasta qué punto. El caso es que esta influencia, fuera la que fuese, hubiera sido potencialmente mucho mayor si finalmente Marcenado hubiese podido desarrollar su proyecto de *Diccionario* o su *Historia de los tratados*. No olvidemos que Du Fresnoy fue revisor y redactor en momentos puntuales de las entradas históricas en la *Enciclopedia* francesa (Lough, 1973: 88) y debido a su relación con el marqués no parece demasiado aventurado suponer que hubiese podido tener en cuenta contenidos de sus proyectos históricos si hubieran llegado a buen puerto antes de la profusión enciclopédica cercana a la mitad de siglo.

Igualmente nos consta que antes o después del proyecto de Marcenado, la profusión enciclopédica no se reduce a un solo territorio. El mismo marqués se vio imbuido de esta tendencia transnacional a la que sin éxito aspiró a dar su propia forma tangible, aspiración que compartió con tantos otros intelectuales europeos durante el siglo XVIII. Durante este siglo, en las distintas naciones europeas verían la luz otros ejemplos enciclopédicos de cierto calado, como pudieran ser la ya *Cyclopaedia* inglesa de Chambers de 1728, en dos volúmenes que inspirarían posteriormente a su prácticamente homónima francesa; el *Grosses Vollständiges Universal Lexikon* alemán de Zedler de 64 volúmenes entre 1732 y 1750, una de las mayores y mejores enciclopedias de la época, pues presentaba un excelente nivel general, en especial en lo referente a genealogías y citas bibliográficas, además de incluir por primera vez biografías de personalidades aún no fallecidas; el *Nuovo dizionario scientifico e curioso sacro-profano* italiano de Pivati en tres volúmenes entre 1746 y 1751, que sin embargo evitaba la temática histórica y, por supuesto, la *Encyclopédie, ou dictionnaire raissonné des sciences, des arts et des m*étiers de Diderot y D'Alembert, con sus 17 volúmenes de texto y 11 de grabados entre 1751 y 1772. Todas estas obras tenían en común que combinaban al mismo tiempo mero vocabulario, realidades más amplias y nombres propios, integrados dentro de una fórmula de enciclopedia alfabética no temática, es decir, la fórmula del diccionario enciclopédico (Collison, 1966: 104-106; Álvarez de Miranda, 1997: 87-106).

En contraste con todo ello, el siglo XVIII español, aunque destacase en la producción de diccionarios lexicográficos (como el *Diccionario de autoridades* de la Real Academia Española) y llegase a fomentar otros proyectos, no llegó a participar en esta ampliación del saber global a través de obras de carácter enciclopédico

(Álvarez de Miranda, 1997: 88); aunque poca duda cabe de que el proyectado *Diccionario universal* de Marcenado se dirigía en aquella dirección. Es muy probable que Marcenado se inspirase también en el *Diccionario* de Trévoux para su propio proyecto enciclopédico; además de recomendar su lectura explícitamente, el *Diccionario universa* compartía título con aquella. La *Cyclopaedia* de Chambers también lo hacía en su título completo, la cual se publicó un año después de que Marcenado presentase el suyo. Compartía asimismo la idea de presentar el contenido en diversos idiomas, aunque en este sentido el marqués fuese inicialmente aún más ambicioso que aquellos.

Más aún, debemos constatar que la creación del *Diccionario de autoridades,* publicado entre 1726 y 1739, demostraría la labor constante de los académicos de la Real Academia Española para dar forma a una obra que sería tomada como ejemplo en años posteriores. Tanto este proyecto como los otros desarrollados por la Real Academia serían controlados relativamente de cerca por Felipe V, interesado en subrayar la importancia de la lengua castellana. Podemos considerar que, basándose en ello, los interesados y estudiosos de la Historia pergeñasen dar forma a una Real Academia de la Historia, como así sucedió en la década de los treinta del siglo xviii. En clara consonancia con los intereses de los novatores, el objetivo de la Real Academia de la Historia era «purificar y limpiar la de nuestra España de las fábulas que la deslucen e ilustrarla de las noticias que parecen más provechosas». En este sentido, aspiraron, imitando a la de la Lengua, a dar lugar a un *Diccionario histórico-crítico* que funcionase como máximo referente en la materia dentro del territorio de la monarquía (Cervera Pery, 2002: 253-257).

Así pues, paradójicamente y pese al fracaso del proyectado *Diccionario universal* desde Turín, no mucho después de la muerte de Marcenado se sembraron las semillas para un proyecto enciclopédico muy similar en España y con respaldo institucional. Lo que primero se denominó Academia Universal en 1735, dirigido al estudio de las ciencias, las artes y las bellas letras, por tendencia natural de sus miembros, acabaría convirtiéndose en la Academia Española de la Historia. Este cambio sobrevino en torno a la idea de realizar un diccionario histórico-crítico universal de España que finalmente aglutinó las ambiciones del proyecto. Durante largo tiempo se debatió la compartimentación de este diccionario, que, con respaldo monárquico, terminaría elaborándose por materias y en cuatro partes: Historia eclesiástica, Historia profana, Geografía sagrada y Geografía profana (Anes y Álvarez de Castrillón, 2009: 24-28, 43-52).

No obstante, aunque la historiografía española de la primera mitad del siglo xviii se centraba en la búsqueda de documentos, la crítica de la autenticidad y el rechazo a la ficción, con respecto al ámbito que nos ocupa, sin embargo, solo se

producirían avances llegado el reinado de Carlos III. En sus inicios, la Real Academia de la Historia ni siquiera llegaba a concordar con las aspiraciones historicistas de los novatores, de esta forma, se llegó a publicar con su beneplácito obras como la *España primitiva* de Francisco Javier de Huerta, repleta de falsedades y fabulaciones que no tenían ningún tipo de base documental para ser respaldadas (Mestre Sanchis, 2002: 431-433; Aguilar Piñal, 1985: 163-164). En este sentido, las iniciativas de la Real Academia de la Historia no llegan a integrarse dentro de los parámetros enciclopédicos contemporáneos en el resto de Europa y, aunque podría argüirse que la obra de Marcenado podría haber solventado estas deficiencias, únicamente pueden hacerse suposiciones a partir de sus tendencias y la organización proyectada.

¿En la órbita de qué sentimiento o tendencia se encontrarían las iniciativas enciclopedistas de Marcenado? En todos y en ninguno. Con respecto al *Diccionario histórico* de la Real Academia de la Historia, es cierto que Marcenado no deja de trabajar en la misma línea programática que los académicos, pero al mismo tiempo presentaba una mayor ambición respecto de sus contenidos. Asimismo, podríamos considerar que Marcenado se encontraba en una órbita más progresista que aquellos (la órbita de los novatores), en la medida en que rechazaba la posibilidad de tener en cuenta mitos y leyendas que los otros aceptaban como Historia; pero sabemos que también tenía en cuenta (lo hemos visto reiteradamente a través de su obra) las referencias bíblicas como un conocimiento válido.

No andaba tan desencaminado Maldonado Macanaz cuando propuso, ya en el XIX, concederle al marqués de Santa Cruz de Marcenado, a imitación del que recibió el marqués de Villena con respecto a la Real Academia Española de la Lengua por recomendar su creación, el título de fundador de la Academia de la Historia, siquiera fuese tan solo en cuanto a su espíritu. Maldonado validaba esta sugerencia señalando que, si bien la propia Academia se creó varios años después de la muerte de Marcenado, el acta fundacional de la misma señalaba la composición de un *Diccionario geográfico-histórico* que debía mucho al proyecto de Marcenado (Carrasco-Labadía, 1889: 201-203). Debe entenderse esta proposición dentro de la postura de reivindicación exacerbada del marqués de Santa Cruz de Marcenado en torno al segundo aniversario de su nacimiento; Maldonado es consistente a la hora de enlazar la conexión espiritual entre ambos proyectos, pero exagera al considerar que las bases del *Diccionario geográfico-histórico* de la Academia únicamente podían provenir del proyecto de *Diccionario universal* de Marcenado, como si este hubiese reinventado la rueda del enciclopedismo o un desarrollo distinto de ideas similares no hubiese podido ser factible.

Con respecto a la comparación del *Diccionario universal* con la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert, algunas de las características de la obra francesa rompen

directamente con el espíritu de la obra de Marcenado y su propia ideología: primacía del conocimiento humano sobre lo divino (y por lo tanto exclusión de un gran número de sus contenidos teológicos), deísmo (es decir, la existencia de un dios personal, creador del mundo y de las leyes que los rigen, pero que no afecta a su creación más allá de eso), adopción del racionalismo y el empirismo frente a la autoridad de lo tradicional (con la razón como única fuente de conocimiento humano), antropocentrismo y especial atención a las artes y oficios como medio al progreso humano… Fonseca Rodríguez opina que todas estas tendencias podrían haberse visto refrenadas en la cultura europea por el *Diccionario universal* de Marcenado, ya que hubiera presentado de forma erudita y razonada sus tesis, opuestas a las del enciclopedismo francés, pero precursoras de una línea que alcanzará con él su madurez (Fonseca Rodríguez, 1985: 100-101).

La tesis resulta sin embargo difícil de sostener y debe ser tenida en cuenta únicamente, en esta ocasión, dentro del contexto del tercer aniversario del nacimiento de Marcenado. Incluso aunque la empresa del marqués hubiera tenido un gran éxito y repercusión, es poco probable que hubiese refrenado el avance de las ideas ilustradas en Europa. Puede que sí hubiese significado una vía distinta de desarrollo del enciclopedismo español, de una forma más aperturista y en contacto (limitado, no olvidemos sus reparos a la hora de tomar en consideración tesis procedentes de libros prohibidos por la Inquisición o protestantes en general) con ideas europeas. Aunque hubiese podido mejorar la consideración de Europa con respecto a España, difícilmente hubiera cambiado sustancialmente el rumbo del enciclopedismo europeo. El propio marqués preveía un largo periodo de trabajo para dar fin a su proyecto, por lo que resulta difícilmente defendible suponer que hubiera podido suponer la base de la *Encyclopédie* francesa frente a la *Cyclopaedia* de Chambers; ya no solo por cronología, sino por mayor sintonía ideológica entre aquella y el proyecto de Diderot y D'Alembert.

La verdadera pérdida inherente al fracaso del *Diccionario universal* no fue que España no llevase las riendas de esta nueva ordenación del saber, sino que no fuese capaz de integrarse en el mismo a un ritmo similar al del resto. Incapaces de saber que hubiera ocurrido a ciencia cierta en caso de éxito, solo nos queda reconocer que al contrario que el legado de otras de sus obras (como por ejemplo las *Reflexiones militares*) en lo que respecta al *Diccionario universal* el análisis del proyecto de Marcenado únicamente nos sirve para recordar lo que fue y lo que pudo haber sido.

EDICIONES TREA
ESTUDIOS HISTÓRICOS LA OLMEDA
Colección Piedras Angulares

www.trea.es

Álvaro Navia Osorio y Vigil (1684-1732), III marqués de Santa Cruz de Marcenado, desarrolló una intensa actividad diplomática y literaria. Militar en el bando borbónico durante la guerra de Sucesión, embajador extraoficial en la corte de Víctor Amadeo II y plenipotenciario español en el Congreso de Soissons, dio forma en Turín a su obra más relevante, las *Reflexiones militares* (1724-1730), y falleció en la defensa de Orán, dejando inéditos la conocida *Rapsodia político-económico-monárquica* (1732) y un truncado *Diccionario universal.*

Este libro, Premio Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII 2024, ofrece un completo panorama del hacer de Marcenado en los ámbitos militar, diplomático e intelectual y traza su red de relaciones, todo en el marco de la Ilustración temprana y a partir de abundante material epistolar y documentación inédita de archivo.

OVIEDO.es
FUNDACIÓN MUNICIPAL
DE CULTURA

INSTITUTO FEIJOO DE
ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII